CAPÍTULO XIX.

Viage del P. Malagrida á Portugal y su llegada á Lisboa.

Dejamos al P. Gabriel en el instante de subir á bordo del Porto, con intento de tomar rumbo para Portugal. El capitán, que debía conducirlo, era hombre, como muchos que entonces se estilaban, de pelo en pecho, y sobre todo, hombre de fe antigua, en la que ponía el fundamento de sus esperanzas, y por la que regulaba sus empresas. Cuando llegó la hora de zarpar, el cielo presentaba cariz adverso, y todas las señales precursoras de mal tiempo aconsejaban la dilación del viaje. Esto no obstante, levaron anclas, y pusieron la proa al rumbo prefijado: mas apenas echaron las velas al viento, cuando un fuerte ventarrón los arrojó sobre la costa y los puso á pique de zozobrar. A pesar de tan malos pronósticos y tristes principios, el capitán lleno de fe y humilde confianza en los merecimientos del Padre Malagrida, persuadido de que, con tan buen compañero, nada había que temer, siguió su derrotero, sin apocar, ni amainar siquiera las velas para eludir la fuerza de la tempestad. Los marinos, que lo advertían desde la orilla, espantados de tamaña temeridad, esclamaban:

Este bravo Gallego se cree que con el P. Gabriel puede ya desafiar las embravecidas olas, cual si fuera dueño del Océano. Tal era en efecto su confianza; y esto que no fueron pocas, ni ligeras las pruebas, á que sujetó el Señor la fe del osado capitán.

Tras la borrasca, en que se vieron en riesgo inminente de naufragio, siguió una calma no menos temible y peligrosa, de suerte que para hacer durar más tiempo la corta cantidad de agua dulce, que les quedaba, cuando se hallaban aun á vista del continente americano, pero ya demasiado lejos para acudir al abastecimiento, se vieron en la precisa necesidad de poner tasa á su bebida y disminuir á los pasajeros, que no eran pocos, la ración ordinaria. Por de pronto abrazáronse resignadamente con privación tan dura; mas observando después que, poco á poco, iban con el ánimo faltándoles las fuerzas, tomaron de común acuerdo el partido de interesar á su favor al Siervo de Dios, á quien reverenciaban como á santo, para que les obtuviera del cielo algún alivio en los angustiosos aprietos, en que estaban. Acogiólos el P. Malagrida con entrañas de paterna caridad, y sin olvidarse de ejercitar su humildad profunda, procuró infundirles aliento, animándolos á poner toda su confianza y descansar tranquilos en brazos de la divina Misericordia. Él, por su parte, movido vivamente de compasión, acudió á la fuente de todas las gracias, y después de larga y calurosa oración, fuése á visitar al capitán, y le rogó francamente

que se mostrase más confiado en Dios y con los viajeros más generoso, repartiendo á los necesitados agua en mayor abundancia.

El prudente marino, afligido también por las aciagas circunstancias, se excusó diciendo que no podía acceder á sus ruegos sin culpable temeridad, pues no quedaba en la nao sino un solo tonel de ella.

Uno solo? replicó el P. Malagrida.

Uno solo! repitió el capitán.

Pues vamos á verlo! repuso el Siervo de Dios, y ámbos juntos, seguidos de algunos sedientos viajeros, bajaron á la sentina del navío para examinarlo. Allí, sin perder el ánimo á vista de la cortedad del agua para tanta gente, recogióse el Padre unos momentos, y hecha sobre el tonel la señal de la cruz, sin más se volvió al capitán, y le dijo: *Tenga V. fé, mi capitán. Alargue V. la mano con cuantos le pidan de beber, y no lo dude: nuestra provisión será más que suficiente para todo el viaje.* La promesa ó predicción del venerable Misionero infundió en el ánimo del buen Gallego tal confianza, que sin hesitación ninguna mandó en lo sucesivo repartir agua á todos cuantos la pidiesen, sin que les faltara en lo restante del camino.

La calma, sin embargo, iba siguiendo de forma que se pasaron aun varios dias sin mas alivio para la navegación que algunas débiles rachas de viento, por lo cual el viaje se hacía sumamente lento y pesado, hasta que al fin, como si hubieran salido del centro de un ciclón,

y se acercasen á su vertiginosa periferia, se levantó fuerte brisa, que después de haberles hecho ganar lo perdido, se trasformó en ventarrón huracanado. Aquí el dia se les convirtió en ciega noche: cerrado el cielo con negras y gruesas nubes, rasgado el aire con truenos y relámpagos, heridos los oidos con el bramido del mar y el despeñarse de los rayos, al ver luchar los vientos y hacerse sierras de aguas, que regolfándose amenazaban sepultar en sus ondas al débil Porto, se espeluznaban los cabellos: aquello era ir y venir de los pilotos atortolados, allí eran los gritos de los que pedían misericordia! Con tal borrasca en cortos instantes las velas y las jarcias fueron barridas, arruinada parte de la obra muerta, el timón de una grupada destrozado, y el casco haciendo agua por todas partes con peligro de sumirse por momentos en el abismo.

Y mientras unos daban á la bomba para sacar el agua, y otros cerraban con toda presteza las hendiduras, y algunos se esforzaban en remendar otras averías, los pasajeros y varios tripulantes sobrecogidos de terror se acogieron al P. Malagrida, pidiendo alivio y consuelo. Llenólos de esfuerzo el Siervo de Dios, y les infundió seguras esperanzas de llegar salvos á puerto, con la condición de que hicieran voto de confesar y comulgar, con las debidas disposiciones, en algún santuario de la Vírgen, luego que se vieran libres de aquellos apuros. La promesa consoladora se difundió al instante por entre todos los que iban en el na-

vío, los cuales, reunidos con toda devoción en torno del Misionero, repitieron el ofrecimiento á María, sugerido por el Padre. Gloria al Señor de los mares! Apenas concluyeron la deprecación, serenóse el cielo, el mar amansó su furia, y la nave, bien que averiada, pudo continuar su rumbo hácia el Tajo.

Navegaban viento en popa reparando los desperfectos, que podían, cuando olvidados ya del terrible percance, llenaron los aires con clamores de júbilo. *Tierra!* clamaron marinos y pasajeros: *tierra! tierra!!* repetían todos con trasportes de alegría. En efecto, estaban próximos al término de tan larga y desastrosa travesía. Mas quién podrá contar con la seguridad en el proceloso mar de la vida? Todavía quiso el Señor poner á prueba su confianza; y de repente los clamores de gozo se trocaron en gritos de angustia, los cánticos de gloria en lágrimas de pesadumbre, la alegría del rostro en palidez y espanto. El navío, cuya dirección era poco menos que imposible á causa del destrozo del gobernalle, fué á dar contra un escollo. Los de dentro, y los de fuera, que lo contemplaban, estaban poseidos de terror y sobresalto: estos previendo con triste ansiedad la pérdida del buque, aquellos creyéndose á punto de hundirse sin esperanza de socorro. Puestos los náufragos en tales aprietos acudieron de nuevo al que por dos veces les había libertado de la muerte, y le suplicaron con lágrimas y sollozos que los valiera en aquel triste lance.

Entonces el P. Malagrida, que oraba tranquilo en su camarote, se levanta como dispertando de un dulce sueño á los tristes ayes y lamentos, y quitando el velo, que cubría la imagen de la Virgen Sma., compañera y patrona de sus misiones, subió sobre el puente del navío, y bendíjole con el manto sagrado. ¡Caso maravilloso! Al instante aquella gran mole, retrocediendo por sí misma, se deslizó por entre las ondas en más seguro derrotero, y, como dirigida por mano misteriosa, encaminóse directamente al puerto con grandes aplausos y aclamaciones de los numerosos testigos, que desde la ribera presenciaban tamaños portentos.

La alegre nueva, así del arribo, como de los prodigios obrados por el Apóstol del Marañón, se esparció por todo Lisboa con la velocidad del rayo, de arte que, habiendo llegado á oidos del rey Juan V, pudo éste aun mandar una de sus chalupas para conducirlo á tierra, acompañado de sus enviados con el encargo de pasar juntos á palacio. A la entrada del Siervo de Dios, el monarca, que le estaba aguardando, echóse de rodillas y pidió su bendición, á pesar de la dolorosa parálisis, que le impedía el ejercicio de casi todos sus miembros. Con este tierno y edificante espectáculo, el humilde Religioso no pudo contener las lágrimas, y cubierto de rubor y confusión por verse así distinguido de tan célebre soberano, procuró buenamente y urbano escusarse; pero todo fué inútil, porque el mismo rey, cogién-

dole afectuosamente la mano, se la puso sobre su cabeza. En esto el P. Gabriel, con voz entrecortada por el llanto, rogó con la santa Iglesia, diciendo: *Respice quæsumus, Domine, super hunc famulum tuum regem...—Echad, Señor, os ruego, una mirada propicia sobre este vuestro siervo el rey...—No, Padre mio,* gritó el monarca interrumpiéndole, *no; no diga V. R. rey; diga pecador*. Palabra digna de un príncipe fidelísimo, amante de la religión y de la sólida grandeza, que está en la virtud y en el arrepentimiento de las pasadas culpas.

Con recibimiento tan afectuoso animóse el P. Malagrida á entablar con el monarca las graves cuestiones, que le habian traido á Europa, que no eran otras sino consolidar sus obras y las de sus hermanos en religión, emprendidas en América. Tres eran las gracias que señaladamente deseaba conseguir para las suyas: primero, poner bajo el real patrocinio los conventos por él fundados en aquellas regiones por ser blanco de los tiros de poderosos adversarios; segundo, mover la generosidad del rey á favor de dichos establecimientos, en que tanto se promovía la divina gloria; y por último, alcanzar autorización para fundar otros del mismo género para utilidad y salud de las almas. El piadoso monarca, no solamente le otorgó cuanto le pedía, sino que también le dió rendidas gracias por el trabajo, que se tomaba en la santificación de sus vasallos de allende los mares, prometiéndole al mismo tiempo la real protección para todas sus apos-

tólicas empresas. El rey, á su vez, deseaba conseguir un favor del venerable Viajero, y era ver la venerada Imagen de Nuestra Señora de las Misiones. Por esto antes que se despidiera, preguntóle; si había traido consigo la estatua de la Virgen, obradora de tantos prodigios? Y como supiera por la respuesta del devoto Jesuita, que la milagrosa Imagen todavía se hallaba á bordo del navío, dió al momento expresa orden de hacerla conducir, con solemne pompa, á la casa de la Compañía, y así se hizo.

Dos dias después, una pequeña flotilla de chalupas y esquifes régiamente empavesados, y adornados con vistosas banderolas y gallardetes, salía en busca de la Imagen renombrada. Estaban solícitos aguardándola, en frente del palacio real, los alumnos de los Jesuitas, vestidos de toda gala, y una inmensa multitud de pueblo, que había acudido, quien convidado para aquel acto ruidoso, quien atraido por el festivo repique de las campanas, el estruendo de las salvas de artillería y los acordes de las músicas. No bien la devota estatua hubo sido trasladada al punto de reunión, cuando fué saludada con religioso entusiasmo, y ordenado el numeroso cortejo, púsose en marcha con dirección al colegio de la Compañía de Jesús. Iban delante, en dos largas filas, los discípulos de ésta, llevando cada sección su correspondiente estandarte; seguían los invitados, puestos en orden debido; tras estos venían los profesores con sobrepellices, conduciendo cuatro de ellos, en magníficas andas, la estatua mi-

lagrosa, y por fin cerraba la procesión el Padre Malagrida, con los piés descalzos y el Crucifijo en las manos, seguido de los marinos y viajeros que, merced á la intercesión de María, habían escapado del naufragio.

El concurso era numerosísimo; el mismo rey quiso presenciar el desfile de tan edificante y conmovedor cortejo, desde una ventana de palacio. Llegados á la Iglesia, y colocada la Estatua en riquísimo trono, de antemano y oportunamente preparado, subió al púlpito el Padre Malagrida, y con su característico desenfado y ardentísimo celo, dirigió al apiñado auditorio breves, pero tan sentidas palabras, que todos pudieron facilmente columbrar qué tales eran las llamas de amor divino, que abrasaban su corazón. Así inauguró sus apostólicos sermones en la corte lusitana, donde, al igual que por América, se hizo admirar tanto por su actividad asombrosa, como por su caridad evangélica. A las pocas semanas de su arribo habíase ya ganado de todos los habitantes tal aprecio y veneración, que cierto varón distinguido, el cual hacía largos años pedía á Dios la gracia de ver durante su vida por lo menos alguno de los grandes santos, cuyas virtudes fuesen dignas de ser indeleblemente consignadas en los fastos de la Iglesia, en saliendo de una conversación, que tuvo con nuestro Misionero, no pudo menos de exclamar: *Gracias á Dios! Ya estoy satisfecho! He visto á un gran santo!*

Penetrada de igual respeto y estima, la piadosa reina doña Mariana de Austria quiso hacer, bajo su dirección, los Ejercicios espirituales de S. Ignacio juntamente con todas las damas de su servidumbre. No hay que indicar siquiera, que semejante propuesta érale muy conforme y muy hecha á su gusto, érale como convidarle á bodas; y así se los dió con tanto empeño y fervor, cuanto era el fruto que se prometía de señoras, que tan eficazmente podían influir en la mejora de costumbres en todos los demás. Gracias á los auxilios del cielo y á la diligente cooperación de las ejercitantes, todas salieron del santo retiro con no menores creces de piedad, que grato entusiasmo por las virtudes del ferviente Director. Pero lo que puso el colmo á la fama de santidad y le grangeó con todos mayor renombre, fué la curación milagrosa atribuida á sus oraciones.

Don Antonio de Amaral Sarmento, antiguo Gobernador de las Indias orientales, tenía una hija, llamada Rita, tan gravemente enferma, que tiempo hacía la consideraban ya en el borde del sepulcro. Perdida, pues, toda humana esperanza, la madre de la enferma recurrió al caritativo Varón, y le suplicó con apretadas instancias rogase al Señor por la salud de su hija querida. El Padre adelantándose á los deseos de la suplicante, fué á visitar á la enferma, y habiéndose mandado traer un pedazo de pan: *Toma, hija mía,* le dijo, *toma este bocado de pan y cómelo, porque confío que pronto te levantarás y vendrás al Colegio para dar las gracias á S. Francisco Javier, que quiere cu-*

rarte. La joven tomó el pan y lo comió; y, fuerza del poder divino! al instante sintió renacer el vigor perdido en todos sus miembros, ya casi helados con el frío de la muerte, y el mismo dia fué, con sus propios piés, al Colegio para dar las gracias á S. Francisco Javier, conforme se lo había recomendado el P. Malagrida.

Parece increible el ascendiente que, con estas y otras obras, se conquistó, á los pocos dias, entre los moradores de Lisboa, ascendiente solo igual á la diligencia y celo, con que se aprovechaba de tan buenas disposiciones para prender en todos el fuego del divino amor, y promover la reforma de costumbres. Este mismo celo parecía multiplicarle y hacerle superior á sí mismo, si atendemos á las muchas y grandes obras, en que entendía. Restablecía la observancia y fervor en los monasterios, daba ejercicios espirituales en todas las iglesias de la ciudad, visitaba enfermos y encarcelados, confesaba, predicaba, catequizaba, era el alma de todas las buenas empresas, recogiendo siempre y en todas partes frutos de santificación. El mismo, con ser tan reservado, no podía ocultar estos felices éxitos, con que Dios coronaba sus trabajos, pero, en su profunda humildad, todo lo atribuía complacido á la sola protección de la Virgen María, como antes, por no picar en taumaturgo, había referido la curación milagrosa al Apóstol de las Indias.

Mi estancia en Lisboa, escribía él mismo, *parecía convenir á la gloria de nuestra Señora del Marañón, porque no á mí, que quién soy yo en*

efecto? sino á esta Patrona querida de mis trabajos deben rendirse los honores, de que me colman. Tal era la reverencia y entusiasmo, que el venerado Misionero había excitado entre los fieles y bondadosos portugueses.